

CUARTA PARTE.
HISTORIA DE 1848 Á 1889.

CAPÍTULO PRIMERO.
REVOLUCIÓN DE FEBRERO.

La revolución de Febrero estalló al grito de *¡Viva la reforma!* *¡abajo Guizot!* Se quería un cambio de ministerio y una reforma electoral; pero aquel motín llevó las cosas más lejos de lo que se pensaba, y la monarquía de Julio fué arrastrada por el movimiento revolucionario. Las ideas socialistas se abrieron paso, un partido potente pidió la república democrática y social. La Asamblea nacional fué elegida por la nación para oponerse á estas desastrosas utopías, y no faltó á su mandato; al proclamar la república declaró que ante todo quería el respeto del derecho y de la propiedad. Triunfó del motín del 15 de mayo y de la insurrección de los días de Junio y continuó elaborando la constitución de que estaba encargada. Hasta la elección de Presidente, dicha asamblea se había declarado altamente en favor del general Cavaignac. La elección del príncipe Luis Napoleón fué para ella un descalabro, ante el cual debió retirarse, pero hizo todo lo contrario y su tendencia fué encontrar el medio de extender sus poderes. El país impuso su deseo de hacer nuevas elecciones y la Asamblea nacional tuvo que ceder su puesto á la Asamblea legislativa. Esta, menos republicana que la anterior, estaba en oposición con el presidente. Tal lucha era la consecuencia forzosa del espíritu de la constitución que había creado dos poderes, los cuales debían concluir por ser hostiles uno al otro porque se restringían mutuamente; así se llegó al golpe de Estado de 1851, que tuvo por desenlace el triunfo de las ideas imperialistas.

§ II. — Desde la proclamación de la república hasta la elección del 10 diciembre de 1848.

Banquetes reformistas. — Desde hacía mucho tiempo venía solicitándose del gobierno una reforma parlamentaria y una reforma electoral. En la legislatura de 1847, Duvergier de Hauranne había pedido al Congreso que se rebajara el censo electoral á cien francos, lo cual significaba un aumento de ciento veinte mil en el número de electores. En la votación tomaron parte cuatrocientos diputados, siendo rechazada aquella por una mayoría de 98 votos, el día 26 de marzo.

Este mismo día, de Rémusat entregó á la mesa del Congreso su antigua proposición, pidiendo que se excluyera de la diputación á los funcionarios públicos. Leída el 8 de abril, fué rechazada por una mayoría de 49 votos.

La oposición no se dió por vencida. La prensa agitó los ánimos, y el primer banquete reformista se efectuó en Château-Rouge. Hubo otros en París, en Colmar, en Reims, en Estrasburgo y diversas ciudades. El discurso más notable fué el de Lamartine en el banquete de Macón; en él anunció la próxima caída del gobierno de Julio, diciendo que « sería barrido por la revolución del desprecio ».

Los dos agitadores de aquellos días, Duvergier de Hauranne y Odilón Barrot no querían seguramente derribar el orden de cosas establecido, pero tenían á sus espaldas á Ledru-Rollín, á Flocón, y á los redactores de la Reforma y del Nacional, que, en la esperanza de restablecer la república, excitaban á las masas á una revuelta social.

Les ayudaban también las recientes obras de Lamartine, Luis Blanc y Michelet, que escribiendo la historia de la gran Revolución, habían hecho revivir las ideas republicanas.

Al abrirse las Cámaras, el rey en el discurso de la Corona acusaba « de pasiones ciegas y enemigas » á los

autores de estas manifestaciones. Tales frases levantaron violentas tempestades; pero el ministerio contaba con una mayoría perfectamente disciplinada, que votó el mensaje (el día 12 de febrero) á pesar de los ataques de la oposición.

Varios diputados y periodistas quisieron organizar un banquete en el XII^o distrito con el fin de defender el derecho de reunión. El prefecto de policía se opuso á ello, pero los promovedores insistieron y consiguieron fijarlo para el 22 de febrero.

Vitet y de Morny, diputados ministeriales, intervinieron en el asunto. Decidióse que el banquete sería un simulacro, conviniéndose en que se reunieran, que un comisario de policía levantase acta, y que la cuestión sería sometida al fallo de los tribunales.

De todos modos, el ministerio creyó ver una amenaza en una nota procedente de la comisión organizadora del banquete y éste fué prohibido en absoluto. Con ello se enardecieron los ánimos, la oposición dinástica desapareció ante el peligro que presentaba entonces toda manifestación, y fué sustituida por la oposición radical, tan ardiente como la primera.

El 22 y el 23 de febrero. Abdicación de Luis Felipe. — El 22, Odilón Barrot presentó en la mesa del Congreso un acta de acusación contra el ministerio. El Congreso deliberaba sobre el privilegio del Banco de Burdeos, y aunque algo inquieto por lo que ocurriera en la calle no dejaba escapar la menor alusión á la situación presente. Los diputados iban y venían con frecuencia para ver desde el peristilo del palacio lo que ocurría en la plaza de la Concordia. Presentábase graves acontecimientos. El día había sido lluvioso, por la tarde empezaron á alzarse barricadas en los alrededores de la plaza Real, formándose grupos tumultuosos en los barrios de Saint-Denis y Saint-Martin, y en todas partes se oía gritar: *¡ Abajo Guizot! ¡ Viva la reforma!*

El 23, París tenía todo el aspecto de una ciudad

sitiada; la caballería cerraba el paso en las calles y se habían concentrado tropas en la plaza de la Concordia y en el Carrousel, de suerte que las Tullerías se encontraban colocadas entre dos ejércitos. Enterado el rey de que la guardia nacional gritaba también *¡ Abajo Guizot! ¡ Viva la reforma!* se decidió por un cambio de ministerio y llamó á Molé, para encargarle de la formación de nuevo gabinete.

Esta noticia tranquilizó al Congreso y calmó un instante los ánimos.

Por la noche, un gentío inmenso circulaba por los *boulevards* y la población se apresuró á iluminar, felicitándose de haber escapado á los peligros de una guerra civil. Algunos grupos pasaban cantando y lanzando gritos frenéticos; pero el público permanecía indiferente, cuando un lamentable incidente vino de pronto á sobrecitar las ya calmadas pasiones. Un batallón de infantería quiso dispersar uno de los grupos que se encontraba en el *boulevard* de Capuchinos, y en esto sonó un pistoletazo y cayó un soldado muerto. La tropa, creyéndose atacada, hizo fuego y poco tiempo después se recogieron del suelo cincuenta y dos víctimas entre muertos y heridos.

El grito de traición resonó por todas partes. La muchedumbre, á la luz de las antorchas rodeaba y seguía los carros llenos de víctimas, dirigiéndose por los boulevares hacia la Bastilla á la voz de: *« ¡ Vengamos á nuestros hermanos! »* La revolución empezaba.

Luis Felipe, persuadido de que la facción representada por Molé era demasiado débil para contener el movimiento revolucionario, llamó á M. Thiers. Éste lo excitó á que diera un paso más, rogándole que aceptase como ministro á Odilón Barrot.

El mariscal Bugeaud, encargado del mando de las tropas que se encontraban en París, había pasado la noche estudiando su plan de defensa; sabía que el motín sería terrible; pero estaba seguro de dominarlo. Los nuevos ministros, horrorizados ante el temor de

una batalla, y persuadidos de que su presencia en el poder había de calmar los espíritus, gestionaron y obtuvieron del rey que se encargara del mando de las tropas el mariscal Gérard. Al consentirlo perdió su corona en este día de triste memoria.

La tropa, al recibir la orden de batir en retirada, se encontró desarmada. Pronto empezó cerca del Palais Royal vivo fuego de fusilería; el peligro aumentaba por momentos y Luis Felipe se vió obligado á abdicar, como lo hizo escribiendo esta melancólica declaración: « Abdico esta corona, que el voto nacional me entregó, en favor de mi nieto el conde de París. Quiera Dios que salga airoso de la gravísima misión que ahora le corresponde. » Después de esto, salió de las Tullerías, acompañándole la reina María Amelia, la duquesa de Nemours, y el duque de Montpensier. Después de una corta estancia en los palacios de Saint-Cloud y de Trianón salió para Dreux, á donde llegó en la noche de este mismo día.

Gobierno provisional. — El acta de abdicación de Luis Felipe, fué tan poco respetada como la de Napoleón y la de Carlos X. La duquesa de Orleans se quedó sola en las Tullerías, esperando el efecto que produciría en la población la proclamación de su regencia y la abdicación del rey en favor de su hijo. Dupin la indujo á que fuera al Congreso, á presentarse ante los diputados con sus dos hijos, el conde de París y el duque de Chartres. La acompañó el duque de Nemours, para renunciar en su favor los derechos de que le investía la ley de la regencia.

En el momento de entrar la princesa en el salón de sesiones de los diputados, se levantaron éstos de sus asientos, saludándola á los gritos de: *¡ Viva la regencia! ¡ viva la duquesa de Orleans! ¡ viva el rey!* Odilón Barrot subió á la tribuna y é hizo el elogio de esta valerosa madre. Marie reclamó un llamamiento á la nación y que se estableciera un gobierno provisional; Crémieux opinó lo mismo, y cuando Lamartine esta-

ba en la tribuna hablando contra esta regencia que otras veces había defendido con tanta elocuencia, el Congreso fué invadido por una muchedumbre de hombres que gritaban: *¡ Ni regencia, ni diputados!* Ledru-Rollin pronunció un discurso encaminado á demostrar la necesidad de crear un gobierno provisional. En efecto, ya no era posible hacer respetar la voluntad del rey. El motín había triunfado hasta sobre la misma Asamblea. En medio de este espantoso tumulto, leyó Ledru-Rollin en la tribuna los nombres de las personas que momentáneamente iban á ser encargadas de los destinos de Francia. Sucesivamente fueron aclamados los nombres de Lamartine, Arago, Carnot, Ledru-Rollin, Dupont de l'Eure, Marie, Garnier-Pagès y Crémieux, los cuales formaron el gobierno provisional y se trasladaron al Hôtel-de-Ville, donde se les obligó á proclamar la República. Después se les agregaron Luis Blanc, el apóstol del socialismo; Alberto Martín, obrero mecánico, y Flocón, redactor de la Reforma. Como secretarios fueron elegidos Armand Marrast y Pagnerre, y para secretario suplente Barthélemy Saint-Hilaire.

Dupont de l'Eure fué combrado presidente del consejo y del gobierno; Lamartine ministro de relaciones extranjerías; Ledru-Rollin, del interior; Bethmont, del comercio y de la agricultura; Crémieux, de la justicia; Marie, de trabajos públicos; Arago, de marina; el general Subervie, de la guerra; Gaudchaux, de hacienda; Carnot, de instrucción pública.

Después de la salida del rey, el palacio real había sido invadido y saqueado. La muchedumbre devastó en seguida las Tullerías sin respetar ni los retratos de la reina, ni los de la duquesa de Orleans y del príncipe de Joinville. Desde allí se dirigió á los palacios de Neuilly, de Villiers y de Rancy, donde fueron destruidos infinidad de objetos de arte. Las pérdidas que sufrió el patrimonio de la corona en esos días de furor y de orgía, se calcularon en siete millones de francos.

La duquesa de Orleans, con sus dos hijos, tomó el

camino de Alemania. El 2 de marzo, el rey se había embarcado para Inglaterra con la reina; el 4, llegó al castillo de Claremont, una de las propiedades particulares del rey de los Belgas. Allí se le agregaron el duque de Nemours y los demás personajes de la familia real, después de no pocas contrariedades y angustias.

El príncipe de Joinville y el duque de Aumale, que se encontraban entonces en Argelia, se enteraron á un tiempo de la abdicación del rey, su padre, de la proclamación de la república, y del nombramiento del general Cavaignac como gobernador de Argelia en sustitución del duque de Aumale. Hubieran podido crear graves dificultades al gobierno provisional; pero creyeron más patriótico conformarse con su suerte y salieron para el destierro.

Explosión de las ideas comunistas. — El gobierno provisional, compuesto de hombres de orden, quería ante todo el sostenimiento de la tranquilidad pública, y el respeto del derecho y de la propiedad. « Preparad con el orden, decía en su programa al pueblo, las robustas instituciones que vais á crear. » Enterado de que algunos malhechores se habían dirigido á diferentes puntos con ánimo de destruir propiedades públicas ó privadas, de incendiar puentes, é interrumpir la circulación de los caminos de hierro, el gobierno provisional declaró que, estando las propiedades privadas ó públicas bajo la salvaguardia de la república, castigaría todo desmán con las penas más severas. « Ciudadanos, decía, la destrucción de las propiedades es siempre un acto odioso; en las circunstancias actuales es una traición contra la república. »

Para contener esta muchedumbre que había desenfrenado la demagogia, reorganizó la fuerza, reconstituyendo la guardia nacional, y reclutó gente entre los combatientes de febrero para formar una guardia móvil. Fué preciso rehacer el orden con el desorden, y calmar á los revoltosos que á cada instante pedían al go-

bierno que acababan de crear las medidas más absurdas y atroces. Lamartine hizo prodigios, pues con el prestigio de su palabra supo contener aquella multitud andrajosa, que ningún freno marterial ó legal podía contener.

El 25 de febrero, al día siguiente de su victoria sobre la monarquía, el populacho amotinado quiso enarbolar la bandera roja en el Ayuntamiento; Lamartine conjuró la tempestad cautivando durante algunas horas con el encanto de su palabra aquella masa furibunda. Así consiguió que se les cayera de las manos el estandarte de la demagogia: « Jamás, exclamaba, adoptaré vuestra bandera roja; la bandera tricolor ha dado la vuelta al mundo con la República y el Imperio, con vuestras libertades y vuestras glorias, y la bandera roja sólo ha pasado por el campo de Marte arrastrada por los ríos de sangre del pueblo. »

El espectro de 1793 se había desvanecido; en el mismo momento se presentó un obrero armado con un fusil y dijo á los miembros del gobierno: « Pido el derecho á la vida, y la organización del trabajo dentro de una hora. Es la voluntad del pueblo, que espera! » y entregó en nombre de sus amigos una petición escrita por uno de los redactores de la *democracia pacífica*. Era el comunismo, que después de la demagogia, levantaba su voz para hacer valer sus pretensiones. Louis Blanc propuso un decreto, que fué rechazado por Lamartine y los demás miembros del gobierno provisional.

De todos modos, como precisaba acordar alguna satisfacción á los obreros impacientes, se decidió declarar que la república se comprometía á garantizar la existencia del obrero por el trabajo; que facilitaría ocupación á todos los ciudadanos, y que ayudaría á los obreros para que se asociaran entre ellos y pudieran disfrutar de los beneficios legítimos de su trabajo.

Louis Blanc, que desde 1840 se había convertido en

apóstol del comunismo, al verse colocado por las circunstancias á la cabeza del movimiento socialista, quiso que se creara un ministerio particular llamado de *Progresos*, y que debía consagrarse á las cuestiones sociales.

Lamartine se opuso á ello con todas sus fuerzas. Luis Blanc sólo consiguió que se formara una comisión permanente, con la misión especial y expresa de ocuparse, en nombre del gobierno, de la suerte de los trabajadores. Hízose nombrar presidente de esta comisión y para darle más relieve á los ojos de los obreros, se acordó que se instalaría en el Luxemburgo.

Esta comisión, que se constituyó el 10 del marzo, celebraba sus reuniones bajo la dirección de Louis Blanc. Éste desarrolló en sus discursos las utopías que había expuesto en su libro sobre la *Organización del Trabajo*, de acuerdo con los obreros, que habían tomado en serio aquellos sueños, y elaboró varios proyectos de ley que debían ser sometidos á la asamblea nacional.

Paralización repentina del trabajo. Talleres nacionales. — Con pretexto de organizar el trabajo, se había hecho imposible toda labor, por los errores esparcidos en el seno de la clase obrera. Se había empezado por declarar la guerra al capital, como si éste no fuera la condición esencial é indispensable de toda industria, como si hubiese sido el enemigo del trabajador. Al salario se le llamaba explotación del hombre por el hombre. El gobierno provisional dictó un decreto prohibiendo la disminución de los salarios para que los contratistas y capataces no pudiesen en adelante explotar al obrero como lo venían haciendo.

Los obreros pretendían que un trabajo demasiado largo consumía su salud y les impedía dedicarse al cultivo de su inteligencia, por lo cual se publicó un decreto rebajando una hora de la jornada de trabajo. En París, donde era de once horas, debía ser en adelante de diez; y en provincias, once en vez de doce. En

un tiempo en que el comercio era estéril fué un desastre para la mayor parte de las industrias imponerles semejantes condiciones. Sin embargo, hay que hacer justicia á los patronos diciendo que hicieron todo lo posible para facilitar trabajo á los obreros; una gran parte de ellos consintieron un aumento en los salarios, á pesar de la disminución en las horas de trabajo é hicieron sacrificios para impedir mayores males; pero las ideas en que se inspiraban los obreros, lo deslumbrados que estaban por locas esperanzas, hicieron que abandonaran los talleres, prefiriendo la mayor parte de ellos agitarse y holgar á emprender de nuevo sus ocupaciones.

Los huelguistas pasaban el día en la calle, paseando y cantando aires patrióticos. Cuando hubieron agotado sus recursos y empezaron á sentir el hambre, murmuraron y la emprendieron con el gobierno que hacía vanos esfuerzos para aplacarlos y restablecer la actividad del trabajo.

Con objeto de resolver esta dificultad se decretó la creación de talleres nacionales.

Emilio Thomás fué el encargo de organizarlos: creó brigadas de cincuenta hombres con un jefe elegido por el sufragio directo de los obreros. La brigada se dividía en cinco escuadras y cada una tenía su jefe. El jefe de la brigada cobraba tres francos diarios, el de la escuadra dos francos, cincuenta céntimos, y la soldada de los demás individuos se fijó en un franco. Cuatro brigadas formaban una tenencia, y cada compañía tenía cuatro tenientes. La compañía se componía de ochocientos hombres. Tres compañías obedecían á un jefe de servicio.

El jefe de servicio, los tenientes, y los jefes de compañía eran nombrados por la administración. Pronto se llegó á un efectivo de cincuenta mil hombres.

Hubiera hecho falta poder dar ocupación á todos estos brazos. No teniendo el gobierno trabajos públicos que dar, este ejército fué rápidamente invadido por

la pereza y el desarreglo, y se convirtió en una fuerza amenazadora dejada perpetuamente á merced del motín y del desorden.

Sufragio universal. Asamblea constituyente (4 de mayo). — La revolución se había hecho en nombre de la reforma electoral.

Pedíase á Luis Felipe la rebaja del censo y la asociación de las inteligencias; cuando estuvo por tierra la monarquía y proclamada la república, se declaró que todos los ciudadanos tenían los mismos derechos, y en nombre de la igualdad política se estableció el sufragio universal. Dos sabios jurisconsultos, Cormenin é Isambert, fueron los encargados de preparar el decreto relativo á las elecciones. Este decreto se publicó el 5 de marzo.

El número de los representantes del pueblo debía ser de nuevecientos. La elección era directa y los electores debían votar en cada cabecera de distrito por escrutinio de lista todos los diputados del departamento. Se consideraba elector á todo francés mayor de veinte y un años y no privado de sus derechos civiles. Todo francés era elegible á los veinte y cinco años, sin más condición. Para que todo ciudadano, rico ó pobre, pudiera representar á su país, se le señalaba una indemnización de veinte y cinco francos diarios durante el período parlamentario.

Para preparar las elecciones, el gobierno provisional había sustituido á los prefectos por comisarios con encargo de renovar los sub-prefectos en las ciudades y los alcaldes en los pueblos. El 12 de marzo, Ledru-Rollín les había dirigido esta circular: « Vuestros poderes son ilimitados. Agentes de una autoridad revolucionaria, debéis ser revolucionarios también. El pueblo os ha investido con su soberanía; obrad con arreglo á vuestra conciencia, y haced por el bien público lo que os exijan las circunstancias. »

Estas frases regocigaron á los espíritus exaltados; los clubs, que ya habían ejercido una influencia fatal

sobre la primera república, se multiplicaron, llegando á contar sólo en París doscientos treinta y siete. Cada opinión y cada nación tenía el suyo.

Había el club de los nacionalistas extranjeros, el de los alemanes, de los polacos, de los belgas, de los saboyanos, como había el de las reuniones de Icaria presidido por Cabet; el club de los Amigos del pueblo dirigido por Raspail: el club de la Sociedad republicana central, bajo las órdenes de Blanqui; el club de los derechos del hombre, etc.

Los clubs más exaltados tenían sus periódicos. Ciento cuarenta y dos se fundaron en París al día siguiente de la revolución de Febrero. El *Père Duchesne*, el *Bonnet rouge*, el *Robespierre*, la *Tribune des Sans-Culotte*, el *Lampión*, el *Journal de la canaille*, y la *Commune de Paris* eran los más rabiosos.

Los clubs pidieron el aplazamiento de las elecciones de la guardia nacional y de la asamblea constituyente y el gobierno provisional accedió á sus deseos publicando nuevos decretos, que fijaban las elecciones de la guardia nacional para el 5 de abril, y las de la Asamblea nacional para el día 23.

Se atravesaba entonces una crisis financiera que podía concluir en desastre universal. El oro se escondía, los valores rentísticos habían sufrido tal depreciación que el gobierno no se atrevía á ordenar la apertura de la Bolsa; los bonos del Tesoro representaban 318 millones y las cajas de ahorros debían á sus imponentes 355 millones. En vez de prestarle al gobierno, sus acreedores le pedían sus reembolsos. Se había suprimido una parte de los impuestos, y la paralización de los negocios comerciales había secado las principales fuentes de ingreso.

Gaudchaud se había retirado del ministerio de Hacienda. Sustituido por Garnier-Pagès, éste hizo decretar la circulación forzosa de los billetes del Banco, y un impuesto de 45 céntimos sobre las cuatro contribuciones directas. En las ciudades industriales estableció cajas

de descuentos y almacenes generales de mercancías, siendo los resguardos de aquéllas negociables. Con estas medidas se hizo frente á la tempestad. Las elecciones se hicieron en toda Francia el día señalado y la Asamblea nacional se encontró reunida en París el día 4 de mayo.

Jornada del 15 de mayo. — La Asamblea, en su primera sesión, adoptó la proposición presentada por los diputados del departamento del Sena y declaró por unanimidad que la república proclamada el 24 de febrero de 1848 sería la forma de gobierno de Francia, y que la divisa de esta república sería: *Libertad, igualdad y fraternidad*. Los representantes de la nación se asomaron en seguida al peristilo del palacio y una vez allí, su presidente y decano proclamó de nuevo la república en medio de las aclamaciones de los soldados y del pueblo. Los miembros del gobierno provisional rindieron cuenta de su administración; la Asamblea, después de darle un voto de gracias, los sustituyó por una comisión ejecutiva compuesta de cinco miembros: Franciso Arago, Garnier-Pagès, Marie, Lamartine y Ledru-Rollin. Esta comisión debía elegir los ministros fuera de su seno.

El gobierno se encontró regularmente constituido, pero no era esto lo que querían los clubs demagógicos. Se quejaban de haber dejado hacer las elecciones; la Asamblea les parecía demasiado moderada, y sus oradores repetían que era preciso disolverla para impedir el triunfo de la contrarrevolución. Varios diputados habían entregado á la mesa del Congreso peticiones en favor de Polonia. Los jefes de partido aprovecharon hábilmente este pretexto para sublevar al pueblo y dirigirlo contra la Asamblea nacional. Los clubs acordaron que el 15, día fijado para la discusión de las peticiones, se reuniría el pueblo en la plaza de la Bastilla para dirigirse en masa al seno de la Asamblea á expresar, no sólo sus simpatías por la Polonia, sino también por todos los pueblos oprimidos.

Hiciéronse esfuerzos para dar á esta manifestación un carácter pacífico. La muchedumbre bajó por los *boulevards* con las banderas desplegadas, y el general de Courtais que mandaba la guardia nacional, dejó que las turbas atravesaran el puente de la Concordia é invadieran el palacio legislativo.

Los diputados conservaron su sangre fría en medio del espantoso desorden que fué la consecuencia de esta especie de invasión. Raspail, Blanqui, y los principales jefes se disputaban la tribuna, haciéndose oír con dificultad en este tumulto. Barbès pidió que saliera inmediatamente un ejército para Polonia y reclamó un impuesto de mil millones de francos sobre los ricos. Todos hablaban sin que se tomara una resolución.

Huber sube precipitadamente á la tribuna y exclama: « Declaro disuelta la Asamblea nacional. » Y dirigiéndose á las masas: « ¡Ahora, al Ayuntamiento! Los amotinados salieron de la sala de sesiones y divididos en dos columnas se dirigieron hacia el Hotel-de-Ville; una por la orilla derecha, capitaneada por Barbès; la otra por la orilla izquierda, á las órdenes de Albert. Los facciosos ocuparon el ala derecha del Ayuntamiento, mientras que Armando Marrast, alcalde de París, ocupaba la opuesta, en nombre del gobierno. Los amotinados y el gobierno se encontraron, pues, un momento frente á frente; pero el gobierno, vivamente apoyado por la guardia nacional, triunfó de los facciosos, é hizo prisioneros á Barbès, Raspail, Sorbier, Blenqui, Albert y otros jefes principales de la insurrección.

Insurrección socialista. Jornadas de junio.

— El día 5 de junio se hicieron las elecciones complementarias. Tres departamentos, la Charente-Inférieure, el Yonne y el Sena eligieron al Príncipe Napoleón, cuyas actas fueron aprobadas á pesar de la ley de destierro dictada contra él y su familia. En estas elecciones Thiers y Changarnier fueron nombrados al mismo tiempo que Pedro Leroux y Prudhon, jefes del comunismo y del socialismo.

La dificultad del gobierno entonces fué los talleres nacionales. El número de obreros incorporados en estos talleres era de cien mil y costaban al Estado ciento ochenta mil francos diarios. Se les había mandado hacer, deshacer y rehacer los terraplenes del Campo de Marte á falta de trabajos serios que darles. Era indudable que una gran parte de esos obreros se habían metido en esos talleres con intención de cobrar un jornal sin trabajar.

El ministro de Trabajos públicos, Trélat, decía con razón que era la grave cuestión del momento. Para resolverla, León Faucher había propuesto empezar con urgencia varios trabajos de desmonte en los caminos de hierro de París á Strasburgo, de Chartres á Rennes, de Orleans á Bourges y al Centro, mandando á esos puntos los obreros que no fueran naturales de París.

La comisión del trabajo (29 de mayo) propuso en seguida por conducto de su ponente Falloux sustituir lo antes posible en los talleres nacionales el trabajo á destajo al trabajo por jornada. Por otra parte los hechos demostraron que no era el trabajo lo que faltaba y que grandes industrias sufrían precisamente por la falta de brazos.

Se decretaron una infinidad de trabajos en las carreteras, canales y caminos de hierro, pero no era esto lo que convenía á los hombres que después de algún tiempo vivían y cobraban sin trabajar. Alegaban que se les enviaba á lejano país á construir canales y puentes porque estos trabajos eran mal sanos, que lo que querían era deshacerse de ellos, y que no se les cumplía ninguna de las promesas que se les habían hecho. Los agitadores excitaban las masas, y el 23 de junio cuando la Asamblea hubo decretado que quedaban disueltos los talleres nacionales, los socialistas contaban con una fuerza de cien mil hombres que pudieron lanzar contra la sociedad. Desde el 22 de junio se agitaron los arrabales de París formándose grupos numerosos; los jefes de clubs, y los hombres de barricadas pare-

cieron y se concertaron sin hacer oír ningún grito. Todos tenían armas, París estaba escaso de tropas, de suerte que los insurrectos se creían seguros del triunfo. Tenían ya su plan madurado y concertado.

El día 23 una columna de cinco mil hombres salió del arrabal de San Antonio para el arrabal del Temple. El general Cavaignac y ministro de la Guerra comprendió en el acto la gravedad de la situación. Dividió las tropas en tres cuerpos confiando el mando á los generales Lamoricière, Bedeau y Damesme. Lamoricière estableció su cuartel general en la puerta de San Denis, Bedeau en el Hôtel-de-Ville, y Damesme en la plaza de la Sorbona. Cavaignac hizo al mismo tiempo avanzar sobre París los batallones de infantería que estaban menos alejados de la ciudad.

Por todos lados se levantaron barricadas y la Asamblea se declaró en sesión permanente. Empezó la lucha; el día 23 no tuvo otro resultado que el de hacer conocer las fuerzas de que disponía la insurrección y la habilidad de su plan de ataque. El 24 por la mañana se hizo por momentos inminente el peligro, la Asamblea puso á París en estado de sitio delegando todos sus poderes ejecutivos en el general Cavaignac. No podía haber elegido, al investirle de la dictadura, un hombre más capaz y más adicto á la causa del orden y á la salvación de la República.

Cavaignac estuvo á la altura de su misión. Dirigió á la guardia nacional, al ejército, y á los mismos insurrectos bandos llenos de firmeza y de buen sentido. Los defensores del orden recobraron su esperanza; sin embargo la lucha continuó todo el día sin que éstos obtuvieran grandes ventajas. Ya no se trataba de saber qué forma de gobierno se adoptaría; los insurrectos se habían sublevado contra la propiedad; querían la anarquía, el pillaje y el incendio. Los departamentos, impresionados por estos sucesos dispusieron mandar sus guardias nacionales al socorro de la capital. Rouen, Amiens y Orleans mandaron al mismo tiempo bata-